

Dimensiones espaciotemporales de la subjetividad.

Aportes desde una perspectiva lacaniana

MARIANI, Eva; BIANCHI, Sandra. Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
Universidad Nacional de La Plata

EJE 8 MESA 1 (16/09/2023)

PALABRAS CLAVES: SUBJETIVIDAD , TOPOLOGIA, ESPACIO- TIEMPO

Resumen

Se plantea revisar los aportes epistemológicos de J. Lacan en lo referente a las categorías espacio temporales, en función de la presentación del concepto de “sujeto”, y de su diferenciación de las categorías del sentido común –con impacto teórico- de individuo, persona, agente, etc., como parte de una elaboración de cátedras de psicología de la FPyCS, en el marco del campo comunicación-educación-subjetividad. Esa reformulación adquiere a nuestro entender una fuerte dimensión ético-política, en la medida en que plantea que lo que llamamos “sujeto” sólo es pensable en términos de “inmixión de Otredad”. El/Lo Otro es entonces el lugar desde donde se articula un sujeto, y ya no una relación entre individuos.

Este escrito es una presentación de una investigación en curso, denominada “Epistemología lacaniana. Aportes de Lacan al campo de la subjetividad. El caso de las cátedras de psicología en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata”, y surge del diálogo de los docentes de las cátedras de Psicología y Educación y Psicología Social, del profesorado y la licenciatura en comunicación social, respectivamente. Nuestra formación como psicólogos y psicoanalistas es permanentemente interrogada por la práctica docente, y por el campo de problemáticas de los estudios en comunicación social, y lo que sigue es el resultado del trayecto que venimos recorriendo hace varios años en la institución.

Observamos un obstáculo importante en la transmisión, que sin duda se constituye en un rasgo de época; más bien una acentuación de una característica de los procesos de subjetivación inaugurados con la modernidad occidental.(Foucault, 1975, 1978, 1990. Heler, 2000) Nos referimos a la pregnancia de la categoría de individuo, fuertemente instalada en el sentido común de los estudiantes, y que retorna con insistencia. Esa categoría es solidaria de una serie de representaciones: lo interior, lo íntimo, lo más propio, lo singular, a lo in-diviso, la esencia personal, en fin, “el ser” de cada cual, fuertemente anclado en una identificación corporal: un individuo-un cuerpo, lo que no deja de tener consecuencias. Estas representaciones son reflejo de nuestra época, ya que en la historia humana no siempre las personas se imaginaron de ese modo, ni las prácticas sociales tendían a la individuación.

Los procesos de individuación se articulan a diversas “tecnologías del yo” como prácticas de sí (Foucault, 1990) que conllevan el auge de una serie de estrategias individuales a partir del enaltecimiento de lo “auto”: la autoayuda, la autoestima, la autorreferencialidad, el autoengendramiento, la autopercepción, además de los sentidos ligados a las posiciones meritocráticas, el empuje a la voluntad y por lo tanto a la culpabilización y responsabilización por los fracasos, impases y malestares de las vidas contemporáneas. La ficción de la autonomía, representada en la imagen del “empresario de sí mismo”, se acompaña de la dificultad de situarse en relación a la alteridad y la asimetría, intrínseca a ciertos vínculos constitutivos de la subjetividad.

Este aspecto es un obstáculo específico en la práctica pedagógica, donde retorna sintomáticamente en la relación con los otros, con los saberes, en las lecturas sobre lo social, en los modos de intervención para los cuales formamos. Por ejemplo: la entronización de la opinión personal por sobre la argumentación y la interpelación que podrían instilar las disciplinas y los discursos. “Es lo que yo opino, vos opinás otra cosa, y está todo bien”, como nos dijeron alguna vez. Opiniones que representan lo particular, y espacios compartidos que se vuelven un albergue de particularidades diversas. Este impensable se revela de muchas maneras. Por ejemplo, cuando diseñan prácticas pedagógicas, sólo pueden pensar dispositivos que contengan lo particular, lluvias de ideas eternas que terminan en la dispersión, y con las cuales no se sabe bien cómo operar, porque “lo Otro” de la opinión particular son las categorías de pensamiento elaboradas en las disciplinas y no “otras” opiniones. Las disciplinas son el resultado de una historia de prácticas que se configuran como discursos, y que producen un lazo

social específico, al mismo tiempo que produce el sujeto de ese discurso, es decir, aquel que puede habitar la situación configurada por la práctica disciplinar (Lewkowicz, 1984). La pura opinión sin referencia a un discurso gira loca sobre sí misma, las prácticas no producen la afiliación a la disciplina, y no se instala la modalidad de lazo social específica a ese discurso. Por añadidura, el discurso de la opinión acaba con la herencia del pensamiento crítico, ya que sus operaciones tienen un soporte lógico, argumentativo y constructivo que no se lleva muy bien con el discurso de la opinión. (Lewkowicz, 1984)

Deconstrucción del Individuo

Desde las representaciones del sentido común los individuos son como átomos de la vida social, y ésta un conjunto de individuos que interactúan entre sí en la medida en que se “socializan”. Del egocentrismo a la descentración, diría Jean Piaget. Esta concepción impregna los más variados campos del saber, y reaparece cada vez cuando cada campo de prácticas articula su objeto.

Esta concepción conlleva categorías espaciotemporales específicas: el espacio es un continente donde se ordenan los entes individuales, que son impensables sin relación a un espacio. Y el tiempo es una condición a priori que ordena los acontecimientos. Diría Kant –nuestro sentido común es kantiano- que son formas a priori de la sensibilidad, intuiciones puras. Son órdenes espacio temporales unificados, como unificado es el sujeto que los intuye. Estas condiciones son universales: para todo sujeto en todo tiempo y lugar. El espacio como continente único es un espacio tridimensional, que se confunde con el “espacio real”, y el tiempo, el tiempo líneal, el del reloj, el tiempo universalizado, la llamada “hora del ferrocarril” (Elías, 1989). En ese espacio intuitivo que es el espacio euclidiano, en tanto entes individuales resultamos esferas en contactos con otras esferas, y lo social como un conjunto de esferas que articulan entre sí.

La noción clásica de la subjetividad está fundada en una espacialidad euclidiana, tridimensional, que termina confundiendo al sujeto con el individuo, la persona o el cuerpo. Esta noción de espacio y tiempo y del sujeto que lo habita tiene consecuencias políticas y subjetivas, a saber, el individualismo, el biologicismo y el esencialismo. Así el sujeto tendría, para el sentido común, una materialidad como sustancia

tridimensional, tangible y visible, que lo constituye en agente de los hechos sociales. Un agente que, correlativamente al espacio tridimensional que habita, poseería una interioridad diferenciada de un exterior social y circunscripta por un cuerpo. Los pensamientos y los sentimientos estarían dentro del sujeto y le pertenecen, como muchas otras características definidas como psíquicas, como un atributo íntimo y singular que se constituiría como su identidad y su esencia. Esta concepción binaria, característica de la modernidad occidental, y explícita a partir de Descartes y su teoría de las sustancias, escinde lo particular de lo social, como tantas otras cosas. Luego, los esfuerzos del pensamiento para articularlos, como soluciones provisionarias y forzadas que tienden a unir lo que inicialmente se escindió. (Fernández, 1996, 2007)

La noción de sujeto del inconciente, lectura que Lacan realiza de Freud, ya que es un término que éste no utiliza, resulta en esta tradición moderna muy fuertemente contraintuitiva, ya que surge de una subversión epistemológica. Curiosamente, recupera las teorizaciones más novedosas de la física moderna y de la matemática de los últimos dos siglos. El concepto de sujeto del inconciente, que se define como lo que un significante representa para otro significante, sin esencia ni identidad alguna ni identificable a un cuerpo, surge a partir de establecer que dicho sujeto es el efecto de la función y el campo de la palabra y el lenguaje, como titulara Lacan uno de sus escritos más conocidos. (Lacan, 1953) Y en ese punto nos encontramos que tanto la comunicación como el psicoanálisis, de formas diversas y a partir de prácticas distintas, son campos que se soportan de las prácticas de la palabra y el lenguaje.

¿Una nueva estética trascendental?

Eso se plantea Lacan a la altura del seminario 9 (inédito), en referencia a la concepción kantiana sobre el tiempo y el espacio. Nos importa, porque como dice Koyré (1955, 184) “El sentido común es –y lo ha sido siempre- medieval y aristotélico” Y agregaríamos, profundamente kantiano.

Por el contrario, pensamos que tanto tiempo como espacio se producen en las prácticas; son órdenes espaciotemporales que se constituyen en las prácticas, al mismo tiempo que los modos de subjetivación. Deconstruir la categoría de individuo, y con ello sus síntomas, requiere de otras espacialidades y otras temporalidades.

Es sumamente interesante que, dado el papel que históricamente ha tenido la física como proveedora de metáforas sobre lo social, las nociones cotidianas, atrasan siglos con la física contemporánea. Esas nociones cotidianas, que para nosotros serían Lo Real, tienen las siguientes características: habitaríamos espacios donde los objetos (nosotros mismos) tienen contornos, un interior y un exterior; ese espacio estaría fundado en la noción de partes, donde cada parte es externa a las otras (partes extra partes- Descartes), por lo que se estructura como el espacio euclidiano, tridimensional, en una temporalidad lineal. El concepto de materia y energía clásicos, es decir, previos a la teoría de la relatividad y la física cuántica, también son parte de nuestros modos de representarnos las cosas.

Sorprendentemente, para la física contemporánea (que pareciera el sumun de la ciencia de lo real) las existencias no son sustancias, antes que funcionan con el principio de partes extra partes, ni el espacio ni el tiempo son entidades independientes. La energía, por ejemplo, se vuelve una constante matemática, y no coincide con su representación del sentido común.

Carlo Rovelli (en Cañal Fuentes, 2023), físico teórico de renombre y uno de los fundadores de la llamada «gravedad cuántica de bucles», plantea que las existencias son relaciones, no objetos de sustancias concretas con propiedades intrínsecas, como postula Aristóteles y nuestra imaginación colectiva. Dice que los objetos son nudos, y la realidad redes de relaciones cuyos nudos son los objetos, no habiendo propiedades por fuera de esas interacciones. Es decir existencias que no poseen individuación, ni sustancia, ni esencia.

Esto produce un reordenamiento epistemológico en la medida en que nos permite la pregunta por las existencias específicas de nuestros campos de prácticas. La pregunta que nos surge es ¿cuál es el estatus ontológico de los objetos de nuestras disciplinas?

Cañal Fuentes (2023) propone que no hay conceptos absolutos sino en función del dominio ontológico, donde las existencias emergen del marco conceptual. Ello aplica a cualquier rama del saber. Por ejemplo, los modelos espaciales de la física contemporánea apelan objetos de variadas dimensiones, porque son las dimensiones pertinentes al dominio ontológico específico. Entonces, puede haber objetos bidimensionales, o de once dimensiones, como llegó a decir la teoría de cuerdas. Es que

ya no se trata de lo real, sino del dominio ontológico que se establece en un campo de prácticas. La herejía de la física relativista y la cuántica hace estallar las nociones espaciotemporales de la modernidad occidental, y de nuestro sentido común.

La geometría euclidiana, la del sentido común, la desarrollada por los griegos hace tantísimo tiempo, es profundamente intuitiva. Es paradójico, porque no tenemos experiencia de la tridimensionalidad: siempre la experiencia es bidimensional porque siempre percibimos superficies. Es nuestro cerebro el que postula la tridimensionalidad, que se vuelve “conceptual”. Por eso nos parece ser la única geometría, y la única concepción del espacio posible, limitadas por la especificidad de nuestra sistema perceptivo. Pero la matematización de la ciencia nos lleva a otras concepciones temporoespaciales.

A partir del renacimiento emerge otro tipo de geometría, ligada al arte, que es la geometría proyectiva, que transforma la espacialidad a partir de ordenarla desde el punto de vista del espectador, es decir, desde una perspectiva particular. Es interesante su emergencia en un contexto histórico donde emergen los dispositivos de individuación. Ello nos da la pauta que tanto tiempo y espacio tienen una historicidad intrínseca.

Posteriormente, a partir de fines del siglo XVII, comienzan a surgir desarrollos matemáticos que postulan una nueva geometría. Inicialmente Leibniz, posteriormente Gauss y Euler, Listing, Poincaré, comienzan a dar forma a lo que finalmente se denomina Topología, rama compleja y fascinante de las matemáticas. Lacan se interesa muy tempranamente por los aportes de la topología; se percibe muy claramente su búsqueda por establecer la red de relaciones de las nociones del psicoanálisis. Grafos en los inicios, superficies topológicas luego, y finalmente nudos. La topología, en particular la de superficies, permite situar la estructura espacial evadiendo la referencia exterior/interior, porque en esa referencia se sostiene la dicotomía yo-otro, individuo-sociedad, etc. Los objetos topológicos a partir de los cuales se escribe el campo conceptual a partir de Lacan son varios: la banda de Moebius, el toro, el crosscap y la botella de Klein, que darán cuenta de la estructura del sujeto, de lo inconsciente, de la relación Sujeto-Otro, del cuerpo, del fantasma, intentando reconfigurar los modos de intervención. La topología, para quien la estudia, es un viaje de ida.

Psicoanálisis –comunicación: prácticas de la palabra y el lenguaje

“Las épocas piensan, y los saberes están en los discursos”

(Eidelsztein, 2017, p. 77)

Decíamos que tanto el campo de la comunicación como el psicoanálisis tienen en común el ser prácticas de la palabra y el lenguaje. En ese punto vale la pregunta; qué clase de objeto es el lenguaje? Es evidentemente una existencia, pero muy particular. No es un objeto tridimensional, sino bidimensional. Sus dimensiones son metáfora y metonimia, que remiten a la estructura sincrónica y diacrónica del lenguaje. ¿Dónde habita el lenguaje, en qué espacio? ¿Está en algún interior de las personas? Observemos qué llenas de metáforas espaciales euclidianas están nuestras teorías y prácticas: suponemos que el lenguaje se “incorpora”, “interioriza”, “aprende”, “adquiere”. Podríamos extender los ejemplos a cualquier fenómeno de la vida social. Y ello ocurre porque nos pensamos como individuos, localizados como cuerpos biológicos, y cada vez más, como cerebros; el auge de las neurociencias y las teorías biologizantes es un resultado de esta concepción. ¿Qué sujeto responde a la existencia del lenguaje, cuando la lingüística nos dice que la lengua consiste en un juego combinatorio presubjetivo? (Eidelsztein, 2018, p. 87)

Al igual que la lengua, ese sujeto que no es el individuo no tiene ni sustancia ni materia, por lo tanto no posee interior ni exterior. Lo inconsciente, ese estructurado como un lenguaje, no está localizado en ninguna profundidad, ni es un individuo escondido dentro de otro individuo, como se suele representar. Lacan lo aborda a partir de la figura de la banda de Moebius, entidad de una sola cara, bidimensional, que precisamente carece de interior e exterior.

¿Qué cuerpo se estructura en el campo del lenguaje y la palabra? Sin duda, no el cuerpo de la medicina, tridimensional, partes extra partes, con todas sus metáforas incluidas. El cuerpo de la res extensa, distinguido para siempre de la sustancia pensante, que sólo podemos poner precariamente en relación a partir de la figura de lo “psicosomático”, recurso meramente declarativo cuando no se encuentra la causa – tridimensional- de un malestar. Ese cuerpo pensado como organismo no es sin embargo el cuerpo “loco” estructurado por el lenguaje. Freud lo descubre muy tempranamente, en las parálisis histéricas, las que se comportan como si la anatomía no existiese, porque sólo respeta la lógica de la palabra “brazo” en el sentido común. Porque lo que Freud

descubre es que la palabra se encarna, literalmente, se hace carne. No hay otra forma de producir un cuerpo en tanto humano. El cuerpo encarnado, o el cuerpo de las pantallas ¿en qué espacio se encuentran? Sin duda en ningún espacio extenso, tridimensional. ¿Qué cuerpo propio es el de la “vergüenza ajena”? ¿Qué cuerpo es el de la couvade, o el de la identificación al dolor en el cuerpo de alguien amado? Son cuerpos que no son el de la medicina, el de la biología, y es por eso que provoca a sus practicantes tantos dolores de cabeza. Son cuerpos que quizás no terminan en la propia piel, como decía el psicoanalista Bruno Bonoris en algún debate en las redes.

Finalmente, qué tiempo es el del campo del lenguaje? No es el tiempo de la física, sin dudas. El tiempo de la palabra es el tiempo del sentido, donde uno recibe del otro el propio mensaje en forma invertida, ya que lo que decimos está sujeto al poder discrecional del oyente, que nos devuelve lo que se escucha en el decir. El tiempo del sentido tiene la particularidad de no ir hacia adelante, porque es el de la resignificación, la retroacción, el tiempo del futuro anterior.

Conclusiones provisorias

Señalamos inicialmente que en el campo de lo social-institucional el concepto de individuo es un concepto práctico que permite articular dimensiones jurídicas propias de la existencia contemporánea: la del sujeto responsable y conciente de sus actos, el ciudadano. Las prácticas de sí han producido una particular instancia que habitualmente llamamos “Yo”: yo es la institución del individuo, diría un historiador de la subjetividad (Lewkowicz, et.al., 2004). También decíamos que individuo, instituido como Yo, es una representación sobre lo humano a la que se le ha limado la función de la Otredad que le es constitutiva. Dice el poeta, “Yo es Otro”; y Lacan agrega, resignificando el Ello freudiano, que no habla Yo, sino que Eso habla. El inconciente será entonces el discurso del Otro, dinamitando toda idea de interioridad y esencia, ya que la otredad se encuentra en el corazón del ser. Lo llamaré “inmixión de Otredad”, donde sujeto y Otro se vuelven indistinguibles. También hablaré de extimidad, neologismo que le permite hacer confluir lo exterior con lo íntimo. La alteridad se sitúa entonces en el centro exterior de la subjetividad, representada en la figura de los toros entrelazados. Al mismo tiempo, el deseo será el deseo del Otro; el Yo, la imagen del otro, el síntoma, el significado del Otro, entre muchos otros ejemplos. Es que el lenguaje que nos instituye no es propio,

tampoco ajeno; habita en un espacio muy particular que exige otra geometría, y la concepción de sujeto es indisociable de ese lugar que es el lenguaje, en donde habitamos.

Deconstruir la categoría –y la representación- de individuo en tanto producciones históricamente situadas, recuperar el concepto de sujeto como efecto del lenguaje y las dimensiones espacio-temporales donde éste habita, nos permite enfocar las temáticas de nuestras disciplinas desde otra “estética trascendental”. Ello supone desmontar la representación del individuo como agente de las acciones sociales, porque allí se invisibiliza la operatoria de discurso en la cual se constituye como sujeto, y que alude al Otro como campo simbólico. Los temas que nos ocupan, los aprendizajes, la formación, la docencia, y también los fenómenos sociales de segregación, violencia, identificación, entre otros contenidos de nuestras materias, requieren una reflexión muy diferente y que suma complejidad a los análisis. Hacemos notar que la misma categoría de identidad entra en crisis, porque está sostenida en la representación de individuo, y con ella todas las etiquetas que se vuelven esencialismos, que finalmente siempre remiten a la biologización de lo social. Toda identidad fatalmente termina siendo un epifenómeno de lo biológico, porque ¿de dónde vendría lo propio si no es de ahí? No nos ha ido muy bien en la historia de la humanidad con las políticas fundadas en la identidad, porque siempre conllevan un aspecto de locura, como el del rey que se cree rey.

Los conceptos de inmisión de Otridad y de extimidad precisamente nos permiten preguntarnos, ante cualquier síntoma social, cómo se estructura el campo del que emerge, porque el síntoma es síntoma del campo, y no del individuo. Pensemos, por sólo plantear un ejemplo, en un problema de aprendizaje. La inercia institucional lee ahí un problema del individuo, de la naturaleza que sea, por lo tanto la práctica consiste en enviarlo a algún dispositivo preparado para tal fin. Ese problema se transforma en un rasgo de identidad de ese sujeto, con efectos de padecimiento importantes. La reformulación que planteamos, que podría ser una buena base para resolver el problema de la teoría de Vigotsky sobre la interiorización, es plantear que el problema de aprendizaje es un síntoma del dispositivo, no del sujeto. Eso transforma radicalmente la práctica, en la medida en que la lupa se pone sobre el dispositivo pedagógico y ya no sobre una característica pretendidamente individual.

Es nuestra intención promover la reflexión –en inmixinión de Otreidad, entre el psicoanálisis y la comunicación, y en este caso, la pedagogía- sobre la base ética y política del rechazo al individualismo extremo como soporte subjetivo del neoliberalismo que nos produce como sujetos, que arrasa con las vidas y los proyectos de las personas. La deconstrucción del concepto de individuo, además de ser una necesidad teórica de los problemas que encontramos en las prácticas, aporta, aún desde el lugar más humilde como puede ser un espacio pedagógico, al sostenimiento de prácticas que tiendan a la recreación de los lazos sociales.

Referencias

- Cañal Fuentes, J. (2023). *Antisustancialismo y artefactos abstractos: una ontología deflacionaria para el psicoanálisis*. 27/04/2023. Youtube
https://www.youtube.com/watch?v=-rQfS8As_GI&t=281s
- Eidelsztein, A (2017). *Otro Lacan*. Letra Viva
- Eidelsztein, A. (2018). *La topología en la clínica psicoanalítica*. Letra Viva
- Elías, N. (1989). *Sobre el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Fernández, A. M. (1998) *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Nueva Visión
- Fernández, A. M. (2007) *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Biblos
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1978). *Microfísica del poder*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1990) *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Ediciones Paidós Ibérica.
- Heler, M. (2000). *Individuo, persistencia de una idea moderna*. Biblos.
- Koyré, A. (1955) Galileo y la revolución científica del siglo XVII” (1955) En *Estudios de historia del pensamiento científico*” (1977) Siglo XXI ed
- Lacan, Jacques (1953) Función y campo de la palabra y del lenguaje en Psicoanálisis, En: Lacan, Jacques (1997), *Escritos I*, Siglo XXI

Lewkowicz, I, Corea, C. (1984) *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Paidós Educador

Bibliografía

Bauman, Z. (2003) *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.

Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo*. Paidós.

Cañal Fuentes, J. (2023). *Antisustancialismo y artefactos abstractos: una ontología deflacionaria para el psicoanálisis*. 27/04/2023. Youtube https://www.youtube.com/watch?v=-rQfS8As_GI&t=281s

Castel, R., Haroche C. (2003). *Propiedad privada, propiedad social, propiedad de sí: Conversaciones sobre la construcción del individuo moderno*. Homo Sapiens.

Deleuze, G. (1991) "Posdata sobre las sociedades de control" en Ferrer C. (comp.) *El lenguaje literario*, 7º 2, Ed. Nordan

Eidelsztein, A (2017). *Otro Lacan*. Letra Viva

Eidelsztein, A. (2018). *La topología en la clínica psicoanalítica*. Letra Viva

Elías, N. (1989). *Sobre el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.

Elias, N. (2009). *El proceso de la civilización Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.

Fernández, A. M. (1998) *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Nueva Visión

Fernández, A. M. (2007) *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Biblos

Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores.

Foucault, M. (1978). *Microfísica del poder*. Siglo XXI Editores.

Foucault, M. (1990) *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Ediciones Paidós Ibérica.

Foucault, M.. (1984). *Saber y verdad*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

Heler, M. (2000). *Individuo, persistencia de una idea moderna*. Biblos.

Koyré, A. (1955) Galileo y la revolución científica del siglo XVII” (1955) En *Estudios de historia del pensamiento científico*” (1977) Siglo XXI ed

Lacan, Jacques (1953) Función y campo de la palabra y del lenguaje en Psicoanálisis, En: Lacan, Jacques (1997), *Escritos I*, Siglo XXI

Lewkowicz, I, Corea, C. (1984) *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Paidós Educador

RED